

fica también 'allorchè si è tagliato un ramo il pareggiare che si fa del taglio per mezzo dell' accetta'. Es una operación que Columela describe al hablar de injertos: "paratos surculos in fissuram demittio eatenus que *adras* sunt ita ut cortex surculi corticem vitis aequaliter contingat (*De arboribus*, VIII). . . *adrasos surculos demitte*"¹². Ahora bien, ¿hay relación entre el injerto de Columela y la selección de razas animales que a menudo se consigue por medio de cruces? ¿*Ratio* se ha cruzado con un *razzare* 'injertar'? Este eslabón me es también desconocido, pero vale la pena que el futuro historiador siga asimismo esa pista.

En conclusión, Stenzel decía que el lenguaje, como el hombre, tiene un alma y también un cuerpo: la estrategia de Schuchardt no se opone a la de Spitzer, sino que la complementa¹³.

Los "homenajes" llevan ordinariamente en la primera página un retrato del Maestro; aquí hay algo mejor: una sabrosa semblanza trazada por Pedro Salinas.

BENVENUTO TERRACINI

Università di Torino.

STANLEY MARTIN SAPON, *A study of the development of the interrogative in Spanish from the twelfth through the fifteenth centuries*. Columbus, Ohio, 1951. 99 págs.

Las estadísticas pueden ser excelentes auxiliares para resolver ciertos problemas previamente planteados, que en sí no son estadísticos. Pero hay quienes piensan hoy que las estadísticas importan *per se*. Consideran que contar una cosa, sea cual sea, es operación rigurosamente científica porque las estadísticas son "hechos". Pero el contar por contar y el enumerar porcentajes, por muy matemática que resulte la forma de exposición (por ejemplo, Cervantes usa la *e* 1.75 por ciento más que Fray Luis) no tiene valor científico alguno. Contar y sacar porcentajes para confirmar conocimientos seguros y obvios tampoco es labor científica.

Sapon no se ha planteado problema alguno que resulte aclarado con sus recuentos. Sus minuciosos cálculos estadísticos de la frecuencia relativa de los distintos tipos de interrogación en ciertos textos españoles antiguos (*Cid*, *Alexandre*, Berceo, *Libro de buen amor*, *Corbacho* y *Celestina*) únicamente confirman lo que ya se sabía. En efecto, nos enteramos de que 1) los interrogativos aparecen con mayor frecuencia y variedad en algunos géneros literarios (por ejemplo, los diálogos) que en otros como la épica; 2) que el tipo más común de interrogación es la introducida por un pronombre interrogativo o adverbio como *cuándo*, *cómo* o *qué*. El mismo autor admite que "la escasez de interrogativos en un texto del siglo doce no indica una falta equivalente en la lengua hablada" (pág. 7). Y en la pág. 92: "Es desde luego lícito suponer que los españoles del siglo doce usaban el interrogativo en toda la variedad de su

¹² Esto llevaría a la conclusión de que en este sentido *razzare* es un derivado de *radere*.

¹³ Muy notable la reseña de estos ensayos hecha por E. LERCH, en *RJ*, III, 1950, págs. 194-207.

gama emocional". Por un momento parece que el autor quisiera ver (y ya sería algo) una relación entre la distinta proporción estadística del uso y la fecha de la obra examinada (pág. 7); pero él mismo confiesa su fracaso (pág. 90): "Parece haber cierta correlación entre la frecuencia de los interrogativos y la época en que la obra fué escrita, *aun cuando esta correlación probablemente dependa más de la naturaleza de la obra que de cualquier 'ley' cronológica del interrogativo*" (subrayamos nosotros).

PETER BOYD-BOWMAN

Harvard University.

RICARDO J. ALFARO, *Diccionario de anglicismos: enumeración, análisis y equivalencias castizas de los barbarismos, extranjerismos, neologismos y solecismos, de origen inglés que se han introducido en el castellano contemporáneo, y advertencias a traductores*. Panamá, Imprenta Nacional, 1950. 849 págs.

Más que un diccionario de anglicismos, este tomo es una colección de errores de traducción que el abogado panameño ha sacado de novelas, despachos noticiosos y documentos de carácter internacional. A estos errores van mezclados voces inglesas oídas a viajeros en Estados Unidos, vulgarismos corrientes en Panamá y la frontera bilingüe de México, y neologismos (que muchas veces poco o nada tienen que ver con el inglés) que Alfaro propone sean adoptados en la próxima edición del diccionario académico. Hay también una serie de advertencias a traductores sobre parónimos con distinto valor en español y en inglés (por ejemplo, *actual, billón, ignorar, librería, romance*), y sobre diferencias sintácticas entre los dos idiomas.

El propósito de la obra es más de corrección que de descripción. Alfaro trata de purgar el español contemporáneo de la influencia viciosa del inglés que, dice, tiene una preponderancia mucho mayor que la del francés en los siglos XVIII y XIX. Los filólogos echarán de menos la indicación de fuentes, la limitación o extensión geográfica y social de cada uso y las fechas y maneras de introducción; echarán de menos, también, que no se distinga entre países ni entre dialectos. Para el autor sólo existe un español, y palabra que haya leído u oído en una traducción apresurada o a un estibador de la zona bilingüe de Panamá, se recoge y se ordena como anglicismo en "el español", como si de verdad se usara, y se usara en todas partes, en el mismo nivel, por ejemplo, que *fútbol* o que *club*. Los filólogos se sorprenderán también de que para el autor no exista más español o castellano que el recogido ya en las páginas del *Diccionario de la Academia* de Madrid. Esto le permite subrayar como anglicismos palabras y acepciones perfectamente españolas, como "año *académico*".

Pero este no es libro para filólogos, sino para traductores. Alfaro, quizá por su experiencia de legista, muestra un raro talento para denunciar las sutiles diferencias de significado que ofrecen a menudo las voces inglesas y sus parónimos españoles. Muy pocas veces yerra en las signifi-